

Alfredo Barrera Vásquez

Pastor Escalante Marín

Apareció en mi vida cuando la inquietud del apostolado social me batía como un huracán. Lo conocí en la casa de sus parientes de Tixkokob. Creo que acababa de llegar de la Somalia italiana después de la guerra. Era aún joven y fuerte. Con su pelada "crosch" y sus ojos verdes, su altísima humanidad y esa sonrisa de bondad y picardía.

Somalia, nos dijo, era un pueblo seminómada. Las mujeres se compraban con camellos. Cada hombre tenía todas las esposas que podía comprar. Ellos no trabajaban. Viajaban con su ganado y sus esposas buscando pastos. Ponían su tienda en medio y sus mujeres lo hacían alrededor. Durante el día las mujeres recolectaban la semilla, atendían a los animales, les daban de comer a sus hijos. En la noche el hombre podía ir a dormir con la que quisiera, que casi siempre era la más joven.

— Oye tío, ¿y no se peleaban entre sí?
— Nunca, se llevaban muy bien, si alguna se alborotaba el hombre la ponía en orden.

En *Amé... viví: sufrí*, de Pastor Escalante Marín, 1987.



Alfredo Barrera Vásquez,
por Armando García
Franchi, 1942.

Por cierto que un día, seguía el maestro, viajaba en mi jeep y con mi enfermera por los polvorientos caminos. De pronto oí gritos de mujer. Sintiéndome un Quijote me bajé y me interné en el bosque. Un hombre tenía

Pastor Escalante Marín. Presbítero y escritor nacido en Mérida, Yucatán en 1917.

amarrada a una mujer a un árbol y le daba golpes con una reata. Le quité la reata, desaté a la mujer mientras él me insultaba en somalí, italiano y árabe. Impertérrito subí a la muchacha al jeep, la llevé a Mogadiscio y la entregué a la policía:

— Hizo Ud. muy mal, Sr. Barrera —me dijo el jefe de la policía— esta mujer es propiedad de ese jeque y tiene derecho sobre ella...

— ¿Y cómo fuiste a parar allá tío?

— Es que acababa de terminar la guerra mundial y como Italia perdió la obligaron a dar la independencia a sus colonias y Somalia era una de ellas. Pero la nación estaba poco preparada para la independencia. Se obligó a los italianos a pagar maestros que fueran a educar a la gente bajo la dirección de la Unesco. Yo fui seleccionado junto con una enfermera. Debimos vivir allá, aprender su lengua, organizar las ciudades y poblados, convencer a los nómadas que asentaran.

— ¿Y cómo pudo Ud. hacerlo?

— Yo pedí al jeque tierra para mi "shamba" es decir, mi milpa de maíz sorgo, que es lo que allí se siembra. La organización me envió dos bueyes para arar, semillas mejoradas y fertilizantes.

— Oye, ¿qué hace ese hombre extranjero? —se preguntaban los somalíes.

— Estoy arando —les dije.

— ¿Para qué?

— Lo verán luego.

Antes de los tres meses mis matas estaban el doble de grandes que las demás. Mi cosecha fue cinco veces la de ellos. Comenzaron a imitarme y me venían a consultar. Era el momento de enseñarles. Les puse cine y les organicé un salón de cine en cooperativa.

— ¿Y no estuviste en peligro de muerte, tío?

Varias veces. Ellos, cuando iba a parir una mujer, la llevaban al monte, le hacían hechizos y la dejaban sola. Mi enfermera les comenzó a enseñar higiene y cómo dar a luz. Había una mujer cuyo niño venía mal. La llevaron al monte. Nosotros la fuimos a buscar y comenzamos a atenderla. Aquello, para ellos, era un sacrilegio. Apareció el marido en mi choza:

— Ustedes van a matar a mi mujer con sus brujerías blancas. Ya saben que si muere yo los mato.

Aceptamos el reto. Llegó la hora. Hicimos una cesárea...

Cuando sacamos al niño la mamá quedó postrada por la anestesia. Le



explicamos al señor que su mujer no estaba muerta. Le pedimos tres días para devolvérsela sana. Excuso decirles que temblábamos esperando una calentura que denotara infección. Afortunadamente todo salió bien.

Alfredo fue mi amigo. Yo lo admiraba. Su conversación amena era siempre de enseñanza. Una concha en la piedra de una albarrada desataba su imaginación y su palabra nos transportaba a la época prehistórica cuando aquel molusco vivió y dejó su casa para constancia de que allí estuvo. Una flor, una hierba, eran motivo de una conferencia dicha sin ampulosidad, con sencillez y una sonrisa como si no hubiera dado trabajo averiguar el nombre maya y las virtudes curativas de aquella planta.

Cierta vez se organizó, para los padres, una serie de conferencias sobre indigenismo. Las presidió ese hombre maravilloso que se llama Samuel Ruiz, obispo de Chiapas.

Alfredo Barrera Vásquez fue invitado a tomar parte. Después de su conferencia, al hacer una pregunta, un colega se atrevió a llamar a los indígenas: "esos pobres huiniques". Nunca había visto al maestro Barrera, de común tan apacible, saltar con furia y pegar un grito: "Nunca vuelva a decir esa palabra despectiva, son nuestros padres y les debemos la vida, su cultura fue muy superior a la nuestra, hay mucha grandeza en esos hombres..."

